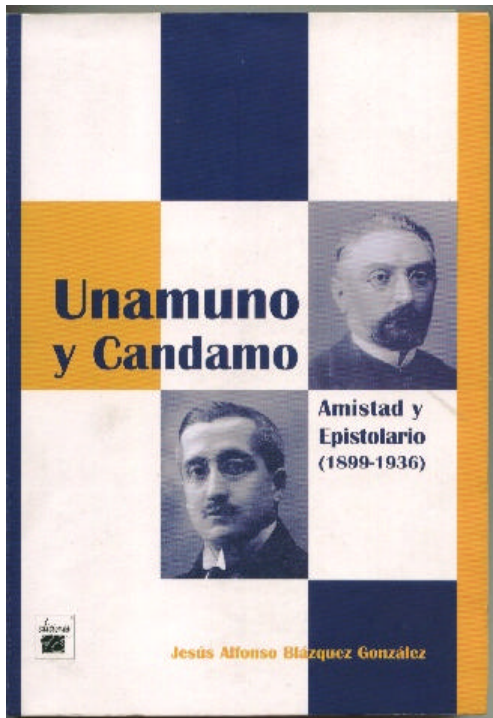




JESÚS A. BLÁZQUEZ GONZÁLEZ: *Unamuno y Candamo. Amistad y epistolario (1899-1936)*, Ediciones 98, Madrid, 2007.

por Antonio José López Cruces



El autor de la obra que reseñamos, doctor en Geografía e Historia por la Universidad Complutense que reparte su interés entre la Biblioteconomía y la Documentación y la historia social de la cultura española durante el periodo 1898-1936, nos ofrece en ella una exhaustiva información sobre la estrecha relación literaria y humana que Unamuno mantuvo a lo largo de su vida con el escritor y crítico Bernardo González de Candamo y Sánchez (1881-1967). Aunque algunas de las cartas de Unamuno a Candamo ya han sido publicadas, nunca antes habían visto la luz las dirigidas por Candamo a Unamuno, ni tampoco había sido editado el conjunto de las cruzadas entre ambos: un total de 97 cartas (28 del vasco), de las cuales casi 70 son inéditas, dato que por sí solo da una idea del enorme interés del presente volumen. La mayoría de las 97 cartas, 91 en concreto, está fechada entre 1900 y 1906; la última de las recogidas es del 6 de marzo de 1922.

El volumen, que lleva un interesante prólogo del hijo de Candamo, Luis G. de Candamo y Feliu (Madrid, 1922), titulado “Recuerdos de niñez y casi mocedad con Unamuno y Candamo” (19-39), está dividido en dos partes de distinto carácter:



“Amistad entre Miguel de Unamuno y Bernardo G. de Candamo (1899-1936)” (41-223); “Epistolario entre Miguel de Unamuno y Bernardo G. de Candamo” (225-231). El tomo concluye con dos Apéndices, que recogen el prólogo de Unamuno al poemario de Candamo *Estrofas* (Madrid, 1900) (403-405) y el artículo publicado por Candamo en *El Fígaro* el 14 de octubre de 1918 titulado “Miguel de Unamuno” (407-410).

En estas páginas vamos a centrarnos en las orientaciones que el escritor vasco da entre 1900 y 1902 al inquieto joven, aún indeciso sobre el camino que debe seguir en el mundo del pensamiento, así como en otros aspectos del libro que puedan interesar a los lectores de *Eikasía*. Descuidaremos, entonces, el rico caudal de información que aporta Blázquez González sobre los escritores a los que Candamo trató de cerca: Villaespesa, Rubén Darío, Gómez Carrillo, Bargiela, Maeztu, Salvador Rueda o Juan Ramón Jiménez. Especialmente interesantes son las páginas dedicadas a la relación de Unamuno y Candamo con Azorín, Valle-Inclán y Baroja (111-121).

UNA LARGA AMISTAD

Dieciséis años separan a ambos escritores: cuando Candamo cumple los 20, el vasco tiene 36. Unamuno será para Candamo una influencia decisiva en unos años cruciales para su formación cultural y sentimental. Consciente de ello, éste se mostrará en todo momento agradecido al maestro por sus consejos, que considera “guías para mi carrera intelectual”. “Soy un enfermo que se somete de grado a la voluntad del médico” le dice en carta de julio de 1900. Unamuno le toma pronto cariño y en carta de mediados



de octubre de ese año le confiesa: “casi miro como cosa propia la carrera y el porvenir de usted”.

Nacido en París en el seno de una familia asturiana cosmopolita, Candamo realiza sus primeros estudios en Oviedo y Madrid, pronto tiene acceso a las literaturas francesa, alemana y rusa y desde 1897 entra en contacto con el mundo literario madrileño y frecuenta biblioteca del Ateneo. Como recuerda Luis G. de Candamo, cuando Rubén Darío llega a España, trae una carta de presentación del novelista guatemalteco Enrique Gómez Carrillo dirigida a Candamo para que éste introduzca al nicaragüense en los círculos literarios de la capital; de su mano el autor de *Prosas profanas* conocerá a Villaespesa, Juan Ramón Jiménez o Salvador Rueda. Por entonces Candamo admira a Clarín, Azorín y Unamuno, a los que considera los principales maestros de los escritores jóvenes. En 1899 tiene ocasión de conocer al vasco, que está a punto de conseguir la cátedra de griego en la Universidad de Salamanca.

En sus cartas Unamuno intentará alejarlo de sus queridos escritores franceses: “No acabo de comprender esa atracción que sobre ustedes ejerce París”. A su juicio, mejor que los poetas franceses son Coleridge o Wordsworth. Verlaine y Mallarmé le parecen unos “poseurs”, gentes que “no acertaron a decir lo que pensaban, porque pensaban incompletamente y en pura niebla”. Unamuno convierte a Candamo en su confidente, le envía sus versos, lo recomienda a directores de revistas y periódicos, comenta con él las obras de los jóvenes autores y hace que conozca a sus amigos Grandmontagne, Boris de Tannenberg, Arzadun o Federico de Onís cuando éstos visitan



Madrid. Gracias a sus cartas, obtiene información sobre lo que siente, piensa y escribe la juventud madrileña más avanzada.

UNA AFECTUOSA EDUCACIÓN INTELECTUAL Y SENTIMENTAL

En su carta de 12 de febrero de 1900, Unamuno confiesa a Candamo que le molestan los literatos que sólo leen literatura: “Me hace mucha gracia los que sientan plaza de nietzscheanos, sin comprender que el pobre Nietzsche nutrió su mente con la médula del león de los filósofos postkantianos. Por mi parte, cada día estoy más satisfecho de los años que llevé estudiando metafísica y psicología, y de mis lecturas de todo género de ciencias. Pasaje hay al final de mi *Paz en la Guerra* que me fue sugerido por la lectura de un tratado de geología, y creo, sin embargo, que no tiene el menor rastro de pedantería científica. No hay error más grande que el de creer que la ciencia ahoga la espontaneidad artística. No se la ahogó al gran Goethe”. Siempre ha admirado a los escritores que como el poeta Leopardi, el “teólogo” Kierkegaard, el dramaturgo noruego Ibsen o el poeta portugués Guerra Junqueiro, el autor de *Os simples* (*Los sencillos*) muestran poseer una densa cultura: “Verlaine con cultura habría sido un portentoso poeta. (...) En los versos estupendos de Leopardi no hay fórmulas abstractas, ni deducciones filosóficas, y, sin embargo, de ruina filosófica nacieron”.

Deberá huir Candamo de echarse al colete la “literatura de bulvar” producida por “la turbamulta de literatos parisienses que del *savoir faire* no pasan”. En lugar de las insustanciales chacharas de café, le dice, “prefiero leer mi Hegel, mi Schleiermacher y mi Schopenhauer”. Ante la admiración que manifiesta Candamo por el filósofo y



moralista suizo H. F. Amiel, cuya obra *Fragmentos de un diario íntimo* parece haberlo decantado hacia un “arte reposado, tranquilo”, le escribe primero: “Éste sí que tenía cultura vasta y honda, y se había nutrido de filosofía, sobre todo de filosofía de la religión y hasta de teología protestante, y de ciencias”, para enseguida pasar a advertirle: “Pero el reposo y la paz pueden resultar y deben resultar del movimiento y de la guerra. Hay dos reposos, el de la quietud muerta de lo inmóvil, y el que resulta de poderosas fuerzas que se mantienen en equilibrio. (Sobre esto se ha escrito algo, inspirado, mire usted lo que son las cosas, por lo que en mecánica se llama *el polígono de fuerzas*). Cuerpos hay que en su reposo están desenvolviendo poderosísimas fuerzas”. No le insiste en la cuestión de “la paz como raíz y culminación a la vez de la guerra”, pues ya la desarrolló en su novela de *Paz en la Guerra*.

El 4 de febrero de 1900, Candamo comunica a Unamuno que prepara *Fiestas del alma*, un libro en el que estudiará a poetas y filósofos de la talla de Verlaine, Goethe y Nietzsche y comentará las nuevas tendencias literarias de Francia. De Ruskin anda buscando traducciones al francés de *Las siete lámparas* y de *Pintores modernos* y otros de sus estudios de estética. Aunque domina el francés y tiene profesor de ruso, confiesa abiertamente: “aún no sé inglés”.

El 13 de marzo, Unamuno indica a su corresponsal que prepara el volumen *Tres ensayos*, que contiene los titulados “¡Adentro!”, “La ideocracia” y “La fe”. Tras aventurar que el último causará escándalo entre los católicos, le explica su concepción de la fe: “La fe no es adhesión de la mente a un principio abstracto, sino entrega de la confianza y del corazón a una persona; para el cristiano a la persona histórica de Cristo.



Tal es mi tesis, en el fondo una tesis luterana”. Si hubiera de aceptar alguna etiqueta, ésta sería la de *ideoclasta* y *rompeideas*. “¿Qué cómo quiero romperlas? Como las botas, usándolas”.

Vuelve Unamuno a atacar el literatismo de los escritores modernistas en su carta de 16 de abril. De Rubén Darío asegura: “Tiene un valor positivo muy grande, pero carece de toda cultura que no sea exclusivamente literaria. (Este es, a mi juicio, el mal mayor de nuestros literatos, y si no, vea usted a Benavente). Sin sentido filosófico y hasta metafísico, ético, científico y religioso del mundo se podrá ser un *homme de lettres*, pero no un gran escritor, un escritor de veras genial, un clásico, en fin. Estos sentidos los han tenido los grandes genios, cuando no adquiridos, nativos”.

Este año prologa Unamuno afectuosamente el poemario *Estrofas* de Candamo: “Pocas cosas me interesan tanto como un joven que se busca, y se busca en los demás”. El novel autor necesita, a su parecer, “visiones de realidad exterior”, pues observa en él un “sentimentalismo vago y vaporoso”. Es alguien que “*quiere ser* y *querer ser* es más profundo que *ser sin quererlo*”.

En la carta de 30 de mayo, comenta que vio en Plasencia un eclipse, previamente jaleado por la prensa, por lo que ninguno de los que lo contemplaron le dirigió una mirada virgen. Piensa enviar a *La Nación* de Buenos Aires un artículo sobre “la leyenda del eclipse”, sobre cómo los ignorantes se postraban ante la ciencia hablando con respeto sumo de los sabios astrónomos: “Creemos en la ciencia con fe de carbonero, por respeto a la autoridad y nada más, y como a todos nos queda nuestro rinconcito de duda,



aunque por pudor lo guardamos, en el momento de empezar el *fenómeno* (¡qué palabra más fea!) dijimos: ¡Vaya! ¡Ya está aquí!”. Después tuvo ocasión de admirar la puesta de sol, “el eclipse del día”, cuya belleza se olvida a diario. Y concluye su epístola volviendo a aconsejar al admirador de Amiel: “Interésese por las luchas económico-sociales, éticas, religiosas y hasta políticas”, pues entonan y enriquecen el espíritu sin dañar al artista. Aunque predica en sus libros la interiorización, nunca aconsejará el “turriburnismo”, el confinarse en la torre de marfil.

En su carta de 1 de julio, insiste: “Evite la enfermedad de Amiel” y no huya de los combates: “Lucha espiritual y lucha fuerte. Estudie ciencias naturales, físicas, químicas, etc., sociología, todo lo que pueda, e intente interesarse por el problema económico-social, el religioso, etc. Va usted a soñador solitario, y aunque esto no es malo ni mucho menos, creo mejor aprovechar ese fondo para otra cosa”.

Candamo confiesa en carta de finales de agosto estar releendo el *Obermann* de Senancour, que le recomendó Unamuno y que lo dejó anonadado: “¡Cuánto agradezco la indicación!”. Y le adelanta que planea un cuento sobre una loca que mira los astros y a la que “Sirio le parece un diamante con sus cambios infinitos”. Encargará a París *Esquisse d’une Philosophie de la Religion d’après la Psychologie et d’Histoire*, libro de Auguste Sabatier que Unamuno le ha recomendado, pues “las cuestiones religiosas me preocupan verdaderamente”. Está leyendo el *Tratado teológico-político* de Spinoza. Luego piensa leer su *Ética*, “la médula de su método”, y a Descartes, “para conocer la transformación de su doctrina en la doctrina de Spinoza”.



En su carta de 31 de agosto, Unamuno le asegura que sus “vaguedades” y perpetuo soñar son idénticos a los de sus veinticinco años. Y le recomienda la contemplación de las estrellas: “Donde se vive deprisa, ¿quién ve el vivir del cielo? ¿Quién como aun aquí sucede, espía a la madrugada la salida de Orión, ciñendo a las Tres Marías?”. Pregunta a su amigo si conoce *Bruges-la-Morte*), del poeta y novelista belga G. Rodenbach, pues “En la Ámsterdam del siglo XVII meditó Spinoza”. Y corre a advertirle una vez más contra los peligros inherentes al *Obermann*, el personaje de Senancour que pasea su tedio por los ventisqueros de los glaciares suizos. Se trata de “un libro inmenso, pero no de fácil lectura, a ratos lánguido y arrastrado, pero a ratos de una intensidad de entrañamiento a la que han llegado pocos. Pero no se deje ganar por su encanto. No se incapacite para la acción”. Para el cuento que prepara sobre el alma de las piedras preciosas, le recomienda la lectura de *La materia bruta y la materia viva* –título traducido también como *La materia inerte y la materia viva*– del matemático y filósofo belga Delboeuf. No deje de contemplar a menudo el cielo estrellado: “Salga usted una noche al campo raso y vea Antares parpadeando (cerca de él anda ahora Saturno), a Vega y Espiga con un blanco azulado, a Arturo amarillento. Es lo que suelo hacer muchas noches desde la era detrás de mi casa”. Felicita al alumno aplicado porque nota que hace caso de sus consejos: “Celebro que le interesen los estudios filosóficos, son, creo, la mejor base de la inspiración poética, digan lo que sugieran los poetas de pura exterioridad. Los más grandes poetas han meditado mucho, de un modo o de otro, en el misterio de la vida y de la existencia, del principio y del fin de las cosas, o lo han sentido”. Evite, pues, la poesía de pura sensación que no llega al “alma de las cosas”.



En septiembre, Candamo comunica a su admirado maestro que acaba de leer con entusiasmo el diálogo de Platón *Fedro*, o *De la belleza*: “Cuánto horizonte abierto! ¡Cuánta alegría espiritual! ¡No puede usted imaginarse la íntima satisfacción que he tenido al saber por este diálogo que si amamos la belleza es porque un día hemos conocido la esencia! Me he creído algo superior y he gozado intensamente. ¡He hallado en mí mayores entusiasmos!”.

A mediados de octubre, Unamuno afirma haber leído *Robert Elsmere*, de Humphry Ward. La novela narra la pérdida de la fe y el abandono de la iglesia anglicana por uno de sus ministros, que, decepcionado de aquel culto, decide crear una “nueva hermandad” en un barrio pobre de Londres. El futuro autor de *San Manuel Bueno, mártir*, confiesa a Candamo: “Todos los relatos de crisis religiosas me interesan grandemente, y cada día que pasa me dedico más a estudios religiosos, y todo lo que a religión se refiere me atrae”. Si la literatura francesa le disgusta es precisamente por “su escaso sentido religioso, por su fondo pagano”. A Francia la salva “esa animosa minoría protestante” en la que destacan François Guizot, Vincent Ephren, Albert Réville y Auguste Sabatier.

Quien, como nos recuerda Paulino Garagorri en su libro *Unamuno y Ortega*, tendrá durante algún tiempo la pretensión de convertirse en “el Lutero español” y en carta a Jiménez Ilundacin aventura que seguramente sólo el protestantismo podrá salvar a los españoles “del irreligiosismo y de la indiferencia y del olvido de la otra vida”, elogia a continuación a “protestantes de alma” como Rousseau o Amiel: “El grupo de los suizos es de lo más simpático. Es gente que une a un hondo sentido religioso un



profundo sentido científico, fe íntima (no la dogmática) y respeto a la razón. No es gente que admita los milagros; se han desprendido de la mitología cristiana, pero se quedan con lo hondo del cristianismo, con la religión de Jesús. Y hasta la ciencia la toman religiosamente, con unción”. Tras señalar la muerte de los antiguos dogmas del cristianismo, dice estar seguro de que “lo que del cristianismo vive (lo íntimo de él) arraigará en la filosofía científica moderna. Y llegará día en que los grandes principios científicos modernos de la conservación de la energía, de la unidad de las fuerzas físicas, de la evolución de las especies orgánicas, etc. sean dogmas religiosos, fuente de consuelo y de conducta para los hombres. ¿Cómo? No lo sé. Pero ¿quién en tiempo de Platón hubiera dicho que aquella doctrina abstracta y fría del logos habría de encarnar en la doctrina, llena de calor y vida en un tiempo, del Verbo humanado, produciendo tempestades de íntima pasión? Aquí tiene usted la tesis de un largo ensayo que medito acerca de la Religión y la Ciencia”.

Arrepentido de haber recomendado a su soñador amigo la lectura del *Obermann*, y como vacuna contra el tipo del literato especializado y contra el peligroso atractivo que para él pueden tener lecturas como el *Diario íntimo* de Amiel, el *Diario* y las *Cartas* de Maurice de Guérin o el *René, ou les effets des passions* de Chateaubriand, vuelve a ponerle ante los ojos como modelo al “gran Goethe”, siempre interesado por todo lo relativo a “la ciencia, la religión y la vida”. Y en caso de que el problema religioso no le sea indiferente y desee orientarse por “la tendencia cristiana más racional y más libre”, le recomienda una vez más la lectura de *Esquisse d’une Philosophie de la Religion* de Sabatier, “un libro lleno de nobleza y de sinceridad.”



En su carta de 29 de noviembre, Unamuno, que asegura que trabaja sin descanso en sus *Diálogos filosóficos*, aconseja a Candamo que se vaya tupiendo de “cosas concretas, pues tan malo es el contenido sin continente como éste sin aquél”, con lo que evitará caer en “cierto ontologismo estético y sentimental. (...) Los ontólogos de toda laya parecenme que llevan un inmenso caldero, enorme molde de hacer quesos, pero les falta la leche y se quedan con el molde. (...) Cabras son las ciencias, cabras de que se saca leche que luego se cuaja de cualquier modo. Usted tiene moldes, moldes sentimentales, emotivos e imaginativos; vaya ahora atiborrándolos de sensaciones de bulto, concretas, reales, vivas, y para lograrlo chapúcese en la vida ordinaria, abra cuanto pueda los ojos y tome de todo nota. Es mejor su situación que la de los que llevan almacenadas impresiones, pero sin moldes en que verterlas.”

En su carta de 29 de abril de 1901 el vasco dice vivir volcado de lleno en los temas religiosos. Está leyendo un estudio sobre la época apostólica del cristianismo de Karl Weizsacker, *Das apostolische Zeitalter der christlichen Kirche*; otro en torno a la influencia helena sobre el cristianismo, del teólogo inglés Edwin Hatch, *Influence of Greek Ideas and Usages Upon the Christian Church*; otro del filólogo e historiador Gaston Boissier, *La fin du paganisme: étude sur les dernières luttes religieuses en Occident au quatrième siècle*; y el *Martin Luther*, del profesor Lenz, de la Universidad de Marburgo. Simultanea estas lecturas con las poesías de Keats y del excelente poeta alemán Detleu von Libiencron. Insiste en alertar a Candamo contra el vicio del literalismo, tan separado usualmente de la cultura: “A Goethe su gran cultura científica lejos de perjudicarle le engrandeció”, y recuerda que “Libros (buenos libros) de botánica, geología y biología me han enseñado a *sentir* el paisaje más que descripciones



de otros. (...) El sentir y el pensar brotan de la misma fuente, son caras de la misma función. Sentir la ciencia y pensar el arte es buen camino para pensar ciencia y sentir arte”.

A principios de mayo, Candamo comunica a Unamuno que Lázaro Galdeano le ha dado a traducir la primera parte de las *Memorias* de Goethe. Dócil a sus consejos de adentrarse en la obra de los grandes filósofos, lee de Schopenhauer *El mundo como voluntad y representación*: “Con esto adquiero muchas energías y me liberto de decadentismos y delicuescencias”.

Y en su carta de 9 de diciembre, cuenta a su guía que está pasando por un “periodo de confusión intelectual extraordinario”. A estas alturas, Unamuno ha conseguido que, lejos de interesarse exclusivamente por la literatura modernista, se derrame por los distintos campos del saber. Confiesa Candamo: “No es sólo la literatura lo que me preocupa. Son las ciencias, la filosofía, la Historia, los estudios sociales, económicos, críticos, de pintura, de música, de arquitectura, todas las manifestaciones intelectuales, en fin, que me parecen inseparables y formando todas un solo cuerpo”. Sin embargo, le angustia verse incapaz de ordenar sus conocimientos y de “seguir un sistema para los conocimientos futuros”.

En su respuesta de 13 de diciembre de 1901, Unamuno le confiesa que recibe con alto interés sus confidencias: “hasta su aspecto físico y su manera de presentarse me recuerda mis veinte años”. Y lo invita a leer lo que se le antoje, sin preocuparse de cómo se ordenará luego todo en su cerebro. Sonríe ante la expresión “curiosidad



omnilateral” usada por su joven amigo: “¿Y me lo dice usted a mí que he leído de todo, que no hace aún cuatro años que me puse a estudiar un verano, con un amigo ingeniero, geometría proyectiva?”. Lea ante todo “filosofía pura (Descartes, Kant, Hegel, Spinoza, etc.), digan lo que quieran es la médula del león y aunque luego la olvide uno, le queda dentro”. El “periodo metafísico” salva a los literato de la caída en el literatismo. Y siguiendo con su “manía” de recomendar vivamente los estudios religiosos, le pregunta si ha leído ya *Esquisse d’une philosophie de la religion* de Sabatier. Para estudiar filosofía le sugiere que lea *Histoire de la Philosophie moderne* de H. Ritter, o *Historia de la Filosofía moderna* del filósofo danés Harald Høffding. No desdeñe Candamo las compilaciones y los extractos. Le será de gran utilidad en estos estudios la *Librairie Félix Alcan*, especializada en filosofía y psicología: “La biblioteca de filosofía contemporánea de Alcan le será utilísima. (...) Es necio y torpe desdeñar los Larousses”. Y concluye su carta confesando “con toda el alma” su búsqueda incesante de Dios: “Dios es inaccesible. Busque a Dios; en lo infinito y en lo eterno”.

El 5 de marzo de 1902, Unamuno juzga negativamente *Los enigmas del Universo* del naturalista y filósofo alemán E. Haeckel, que Candamo leyó con interés: “En la parte científica es una enciclopedia de vulgarización que no me traía novedad alguna y en la parte filosófica, de una hosquedad enorme. En cuanto habla de la religión lo hace con gran ignorancia y con el rudo simplismo de los Büchner y Cía”. Y confiesa: “Estas gentes que vienen de la ciencia llegan a hacérseme insoportables; hay que decirles con Hamlet aquello de “hay muchas cosas que ignora la filosofía”. Se atienen a la razón como única fuente de verdad y no oyen la voz del corazón”. Y a continuación detalla lo que bulle últimamente en su cerebro. Cada vez siente “más respeto al mundo



del misterio y cada día se hace en mí más luz respecto a la fecunda lucha entre la razón y la fe, la ciencia y la religión. Mi ciencia es antirreligiosa, mi religión anticientífica y no excluyo a ninguna de las dos, sino que las mantengo en mí, frente a frente, negándose una a otra, y dando con su contradicción vida a mi conciencia. No quiero conservarlas, sino que se corrijan mutuamente. Mi filosofía hace añicos las supuestas pruebas todas de la existencia de Dios, mostrándome que Dios es irracional, que lo que no se explica sin él tampoco con él se explica, pero luego mi corazón me le releva y lo afirmo. (...) La filosofía es una matemática, la religión una intuición. Sobre esto y desarrollando este punto de vista proyecto escribir un libro titulado o bien *Ciencia y religión* o bien *Razón y fe*. En él asentaré la contradicción íntima e irreductible como principio fecundo de vida espiritual. No quiero buscar mi paz interior en armonías, concordancias y compromisos que llevan a la estabilidad inerte, no quiero que firmen paz mi corazón y mi cabeza sino que luchen entre sí, lealmente pero con vigor. (..) Mi vida toda se mueve por un principio de íntima contradicción. Me atrae la lucha y siento ansias de quietud y paz; estudio de ciencias y caigo en poeta; soy cristiano anti-pagano de corazón y explico clásicos griegos. De aquí que pueda decir que soy un espíritu en movimiento”.

CANDAMO, UNAMUNO Y ORTEGA

El capítulo XIX del libro (159-161) se titula “Amistad con Ortega y Gasset. Candamo y Unamuno en *Faro* (1907-08)”. Candamo fue uno de los mejores amigos del joven Ortega, como lo fueron Francisco Navarro Ledesma, Julio Cejador, Constantino Román Salamero o Andrés González Blanco. Ambos compartirán veladas en La



Cacharrería del Ateneo, admirarán a los mismos autores y llegarán a fundar una revista, de la que sólo saldrá un número. Cuando Ortega marcha a Marburgo, Candamo mantendrá correspondencia con él, aunque, como nos recuerda el editor del epistolario, en la Fundación Ortega y Gasset no se conserva ninguna carta de Ortega fechada entre el 21 de enero y el 4 de julio de 1907. En carta de 21 de enero de este año, éste dirige a su padre, José Ortega Munilla, director de *El Imparcial*, estas palabras: “No me abandones la trinidad: Cejador, Candamo, González Blanco”. A su regreso de Alemania en septiembre de 1907, Ortega se vuelca en la creación del semanario *Faro*, proyecto en el que no se olvida de su amigo Candamo. El número 1 sale el 23 de febrero de 1908, financiado por Ramón Gasset, y tiene como objetivo dar luz a la cultura española y aproximar liberalismo y socialismo. En *Faro* Candamo, de tendencia liberal y republicana, escribe crítica literaria en la sección “Guía del Lector” entre junio 1908 y febrero de 1909, fecha en que la revista desaparece.

Unamuno, amigo de Ortega y Munilla, inicia un intercambio epistolar con el hijo de éste en 1904, aunque su primera carta a Ortega que se conserva lleva fecha de 17 de mayo de 1906. En una carta de 4 de enero de 1905, decía Unamuno a Ortega Munilla: “A su hijo, que ignoro si ha salido o no para Alemania, le debo carta. Le escribiré”. Ese año Ortega lee con desagrado *Vida de Don Quijote y Sancho*. El 27 de febrero del año siguiente asistirá al mitin de Unamuno en el teatro de La Zarzuela de Madrid que, organizado por Candamo y Luis de Zulueta, tiene como fin combatir la Ley de Jurisdicciones y el militarismo. En adelante, el filósofo mantendrá con el rector de Salamanca una larga amistad y un importante contacto epistolar.



UNAMUNO RETRATADO POR CANDAMO

El APÉNDICE II del libro (407-410) recoge el artículo “Miguel de Unamuno” publicado por Candamo en el periódico *Fígaro* el 14 de octubre de 1918. La revista aliadófila y teosófica *Los Aliados*, en la que colaboran Ortega, Pérez de Ayala o Julio Camba, celebra el 13 de octubre de 1918 un banquete en honor de Mariano de Cavia, Galdós y Unamuno, en desagravio a la censura de prensa que hubieron de soportar algunos de sus artículos sobre la guerra europea. Candamo asiste al acto en calidad de periodista de *El Fígaro*. En dicho periódico aparece al día siguiente una cordial semblanza sobre su admirado amigo. Lamenta que éste se aleje de la poesía y el ensayo por culpa de la política y recuerda luego el aspecto que tenía Unamuno cuando lo conoció en 1899: “con sus barbas negras, alrededor de un rostro redondeado, de vasco, con su pelo cortado en forma de cepillo, con sus gafas de espejuelos radiantes y su chaleco hasta el cuello, para eludir el uso de la corbata, y su sombrero flexible y semiesférico”. Recuerda también sus ojos, “aquellos ojos que miraban penetrantemente, inquisitivamente...”, así como su “espíritu ardoroso y apasionado”. Si el maestro se defendía antes con la tinta del calamar que huye, ahora pelea frente a frente, tiene discípulos como Federico de Onís y una “curiosidad omnilateral”. Negándose a creer en la muerte, anhela la inmortalidad. Sobre *Del sentimiento trágico de la vida* indica: “es una réplica, todo lirismo y emoción, a los hombres que tanto aman la vida en lo que tiene de sensualidad, de material; a estos hombres que se creen superiores a los otros porque han descubierto que Dios no existe”. Para creer en Dios y en la inmortalidad el alma, sólo hace falta voluntad. Hay en Unamuno una aspiración mística, también presente en Maeztu y en “las obras de un discípulo, no conformista, de un discípulo que



no se deja sugestionar: José Ortega y Gasset”. Menciona luego los desastres coloniales del 98, el regeneracionismo de Costa, Picabea y Ganivet y la labor iconoclasta de la juventud que se entregó a la revisión de valores, “a lo nietzscheano”, y atacó a los autores de la generación anterior. Unamuno demostró ser por entonces “un hombre del porvenir” con su novela *Paz en la guerra* y ensayos como *La enseñanza superior en España* o *Nicodemo el fariseo*, en los cuales muestra el vasco el desconcierto del hombre culto obligado a vivir en medio de un “ambiente de baja burguesía, de plebeyez y de analfabetismo”. En 1905 publicó su *Vida de don Quijote y Sancho* y luego prosiguió con sus ensayos de siempre. En enero de 1914, leyó *El Cristo de Velázquez* en el salón del Ateneo, en el cual, sin las luces encendidas, “se percibía el relámpago de sus lentes”, que cabalgaban “en unas narices corvadas, de línea hebrea”; su rostro era por entonces “como la cara de un búho misterioso y agorero”. El poema constituye “la exaltación estética de la figura de Cristo conforme a la visión del pintor de *La rendición de Breda*. La anatomía del cuerpo humano en el que Dios ha residido, se describe portentosamente”, el poeta “estiliza, sutiliza, sublimiza el cuerpo del hombre divinizándolo”. El poema, perfilado durante años, aunque su autor sabe que “jamás conseguirá perfeccionarlo”, será su testamento literario. Unamuno, ahora volcado en la política, dijo en el *Palace Hotel* “cosas tremebundas” y “nadie le regateó el aplauso”. Pero Candamo concluye invitando ante todo a leer las obras de su amigo: “¡Unamuno político!... Admirable cosa. Pero es más admirable aún el Unamuno poeta de *El Cristo de Velázquez* o de los maravillosos ensayos. / Aplaudir no significa comprender”.

LOS ÚLTIMOS AÑOS DE UNA LARGA AMISTAD



Al llegar la Dictadura de Primo de Rivera, tanto Unamuno como Candamo serán desterrados: Unamuno, a Fuerteventura; Candamo, a Ciudad Real, donde deberá permanecer durante cinco años, aunque se le permitirá veranear con su familia en la localidad francesa de Royan. Cada vez que viaja a La Rochelle para alquilar la casa de las vacaciones, Candamo se baja del tren en la estación de Hendaya para pasar un día con Unamuno, escuchándole sus añoranzas de Salamanca y sus ansias por ver el final de la monarquía y la llegada de la República.

Ya finalizado su destierro francés, Unamuno visitará a menudo la casa madrileña de los Candamo, en Claudio Coello 67, para que su amigo lo mantenga informado sobre la vida madrileña y, en concreto, sobre la del Ateneo. Como recuerda en el prólogo del libro Luis G. de Candamo, aquel vasco amigo de su padre le hacía pajaritas de papel mientras disertaba sobre Cocotología: “Con su voz nasal y vehemente explicaba que aquel papel cuadrado era la célula, o el cigoto del que podían surgir todos los seres imaginables. Había conseguido el camello, pero no se atrevía a crear el mono, según afirmaba entre risas, porque se parecía demasiado al hombre y Dios se podía enfadar”. Don Miguel bebe agua de limón y pregunta a Luisito a su vuelta del Instituto Escuela por su directora, María de Maeztu, a la que quiere bien. Por su parte, Luisito le habla de Alberti o de la visita al colegio de Antonio Machado. Unamuno lleva en sus bolsillos ajos crudos pelados, con los que, por consejo de los pastores de Salamanca, combate su artritis, y da vueltas entre sus dedos a una miga de pan para ejercitarlos a fin de no perder la agilidad al escribir.



Los días 30 de septiembre y 1 de octubre de 1934, Candamo está en Salamanca para asistir a la última lección de Unamuno en la Universidad, motivo por el que escribe su artículo “Elogio de la palabra viva”: “Hacía muchos años que deseaba ver y oír a Miguel de Unamuno en esta mirífica y docta Salamanca, y he logrado mi ambición. Un poco de felicidad es felicidad...”. Los dos amigos compartirán las mismas inquietudes durante la II República y se verán separados definitivamente cuando estalle la guerra civil.